

CAPITULO XXXIX.

Preparativos.



HERNAN Cortés no se dejó seducir por la docilidad de los indios.

Comprendió desde el primer momento que el triunfo que habia conseguido sobre los habitantes de Tabasco, le habia hecho aparecer como un hombre temible á los ojos de los moradores de Guazacoalco.

A juzgar per los datos que habia adquirido acerca de las cualidades personales de los representantes en aquella provincia del emperador de México, debia estar siempre sobre aviso, porque más ladinos, más diestros que todos los moradores de las islas descubiertas y conquistadas por los españoles, podian apreciar mejor lo escaso de sus fuerzas y valerse de la astucia primero, para asegurar de este modo su triunfo.

La circunstancia de verse sin su intérprete Melchor, de ignorar Aguilar el idioma de los mexicanos, centuplicó á sus ojos la importancia de la presencia de Marina en su campamento.

El amor se trasformó á sus ojos en conveniencia.

--Yo soy fuerte, se dijo Hernan Cortés.

El resistir el influjo de una pasión, es dominarla: lo he probado mil veces.

Marina me fascina.

Su hermosura me brinda una felicidad desconocida.

Pero no es el halago de la pasión el que me impulsa á pagar su cariño, á realizar sus sueños, á dominar mi corazón.

Ella sabe el idioma, conoce las costumbres; será leal: la Providencia la ha puesto al lado mio.

Me ama, no hay duda; ella misma me lo ha confesado con lágrimas en los ojos, con su emoción, con su sinceridad.

Si desoigo sus ruegos, si no realizo sus esperanzas, es joven, es mujer, no podrá dominar su pasión, me odiará entonces, y hasta me perderá.

Ante esta lógica no tenia más remedio que ceder.

Reuniendo á sus capitanes, expuso ante ellos las reflexiones que se habia hecho, descargando la parte de egoísmo que el amor le sugería, y declarando á la faz de todo el mundo que la estancia de Marina en el campamento era providencial, y que todos debian respetarla y considerarla como una hermana querida.

Dispuso, para asimilarla más á los españoles, para evitar que las miradas de sus compañeros pudieran profanar su hermosura, vestirla con un traje caprichoso, muy parecido al que llevaban sus soldados, porque segun le dijo una mujer cristiana, no puede inspirar respeto y veneración sin rendir homenaje al pudor.

Los capitanes y los soldados asistieron, y Marina no tardó en presentarse á ellos con un pintoresco traje, que la hacia más esclava de Hernan Cortés.

Alvarado no pudo resistir aquella prueba.

Sus celos comprendieron aquel ardid, y mal aconsejado por la pasión, cuando Cortés llamaba á su tienda á Marina para que le informase de las conversaciones que habia tenido con los indios de Guazacoalco, ardiendo en ira, buscaba á sus camaradas, buscaba á los soldados, y procuraba hacerles ver que eran cómplices de las liviandades de su jefe.

Una noche, la víspera del día señalado para la entrevista, su indignación llegó al colmo, y habló de esta manera á los soldados:

- Triste es el porvenir que nos espera.
- ¿Por qué razón, capitán?
- ¿Ignorais lo que pasa?
- No tenemos motivo para quejarnos.
- Comemos bien, los indios nos sirven á pedir de boca, y todo hace augurar los mejores resultados á nuestra empresa.
- Desgraciadamente estais ciegos.
- ¿Qué quereis decir?
- Amais demasiado á vuestro jefe, y aunque yo tambien le amo, el porvenir que nos espera, si no cambia de modo de pensar, va á sumirnos en un conflicto.
- Nos asustais.
- ¿Qué pasa?
- ¿Por ventura temeis alguna emboscada?
- ¿Desconfiais de los indios?
- Pedro de Alvarado se quedó un momento pensativo.
- ¿No habeis observado, añadió con misterio, la vehemente pasión que profesa Hernan Cortés á Marina?
- La quiere bien; pero no se comprende.
- Nos sirve de intérprete.
- Y es una hermosa criatura.
- Pero yo creo, dijo un sargento, que nuestro jefe es incapaz de enamorarse de nadie.
- Marina le tiene hechizado.
- Tanto mejor para él.
- ¿Quién estuviere en su caso!
- Justo es que habiendo entre nosotros una sola hija de Eva, guarde todas sus atenciones para nuestro caudillo.
- Y que á su vez nuestro caudillo corresponda á su afecto.
- No nos faltan á nosotros indias que nos hagan carocas.
- Sus maridos las vigilan, y al parecer las castigan mucho cuando nos miran; pero aquí, como en todas partes, la prohibición despierta el apetito. ¡Qué diablos!

—Dejemos vivir en paz á Hernan Cortés y á su Marina, que nosotros ya nos arreglaremos.

Viendo Pedro de Alvarado que nada conseguia, que aquellos hombres sancionaban con su indiferencia la pasión que unia á Marina y Hernan Cortés, cambió de táctica.

—Si solo se tratara de una pasión, si Marina correspondiese al afecto de Hernan Cortés, no os hablaria una palabra acerca de su amor.

Pero tengo motivos poderosos para creer que esa mujer, que ha llegado á nuestro campamento sin que nadie la llame, que ha procurado á toda costa catequizar á nuestro jefe, que se ha valido de todas sus mañas, para inspirar á todos afecto, que ha aprendido con un celo inexplicable nuestro idioma, que ha aceptado inmediatamente la condicion que le hemos impuesto de renunciar á su idolatría para entrar en la fe católica, que ha consentido que la bauticen y que cambien su nombre por un nombre español, esa mujer, que como habeis visto, sabe todos los idiomas que se hablan en este imperio, que revela en sus ojos una penetración inmensa, que tiene en su fisonomía todos los atractivos para hechizar, esa mujer, ó mucho me equivoco, ó es un espía del emperador, es una culebra que se ha enroscado al corazón de nuestro jefe para adormecerle, para que sea vuestra perdición, y no debemos consentir por nada del mundo que se malogren nuestras esperanzas, mucho menos sabiendo cuáles son los fines de esa mujer.

—¿Vos creéis?... preguntaron asombrados los interlocutores del capitán.

—Estoy seguro de ello. Y si no, vamos á cuentas. ¿Por qué razón vino Marina á vernos al campamento de Tabasco?

—¡Toma! Porque se lo mandó Melchor.

—¿Habeis creído esa patraña?

—El honrado Aguilar nos lo ha contado así.

—¡Aguilar! Aguilar es un infeliz que le engaña cualquiera.

—¿Pero estais seguro de que vuestras sospechas...

— Más que seguro, con certidumbre.

Si hubierais presenciado como yo el éxtasis con que contemplaba Hernan Cortés á esa mujer, si le hubierais visto recrearse en su ardiente mirada, si hubierais observado su agitacion cuando se encuentra cerca de esa sirena engañadora, en vez de estar tan tranquilos, comprenderiais que estabais siendo víctimas de una fascinacion deplorable, seriais los primeros en hacerle ver, que si Judit, valiéndose de sus hechizos y de su debilidad, pudo cortar la cabeza á Holofernes, como nos han dicho tantas veces desde el púlpito nuestros sacerdotes, nada tiene de extraño que con sus hechizos y su fascinacion esa mujer nos arrebatase un dia nuestra única esperanza, nuestro único sostén, nuestro único brazo.

Las palabras de Pedro de Alvarado conmovieron profundamente á aquellos hombres, tan dispuestos siempre á creer en lo maravilloso, en lo sobrenatural.

— ¡Y vos, creéis, dijeron algunos, que debemos avisar del peligro que corre á nuestro jefe? ¿No es mejor que vos, uno de los más valientes capitanes, uno de los más leales amigos, le advertais?

— A mí no me creeria, no creeria á ninguno de los que estamos siempre á su lado.

Es necesario que vea en vuestro rostro el temor, la inquietud, la zozobra, la indignacion, si es preciso.

Cuando se presente á vuestra vista al lado de su favorita, es necesario que lleguen á su oido los rumores de desconfianza que debe inspiraros la amistad estrecha que le une con ella; es necesario que vuestras quejas no lleguen á sus oidos, que observéis atentamente á esa espía; y si es preciso, y en último caso, al decir esto, habló en voz baja á los soldados, que os halleis preparados para que cuando yo os haga una señal, si es preciso, cumplais mis órdenes, porque estas medidas serán nuestra única salvacion.

¡Qué malos consejeros son los celos!

Pedro de Alvarado sintió despues de pronunciar aquellas palabras un bálsamo consolador.

Se habia desahogado, habia concitado el odio de sus parciales para con Marina, y una vez en su poder aquellos elementos destructores, se resolvió á dar pábulo á su pasion, porque si la india se negaba á sus deseos, nada más fácil para él que destruirla.

Los soldados refirieron á sus camaradas, en secreto se entiende, lo que Alvarado les habia dicho, y no tardó en llegar á oidos de algunos otros capitanes, y sobre todo de Bernal Diaz del Castillo, que profesaba especial afecto á Hernan Cortés, la noticia de las sospechas que abrigaban algunos.

Bernal Diaz del Castillo les tranquilizó.

— No temais ninguna traicion de Marina, les dijo; la Providencia la ha puesto á nuestro lado, y si Cortés la ama, su amor podrá ayudarnos á conseguir el triunfo.

No por eso dejó de confiar Alvarado en sus proyectos.

CAPITULO XL.

Las apariencias.



LEGÓ el día señalado para la solemne recepcion de los embajadores de Moctezuma.

Desde muy temprano vistió Hernan Cortés sus mejores galas, y sus capitanes y soldados se presentaron á su vista de la manera más conveniente para la solemne ceremonia.

Hemos dicho ya, que una de las tiendas improvisadas por los indios fué convertida por Hernan Cortés en templo cristiano.

Bajo los pabellones de algodón de color se levantaba un modesto altar, y en él, más bella si cabe que bajo los doseles de terciopelo y las columnas salmónicas de oro de las espléndidas iglesias del catolicismo, aparecia la reina de los ángeles.

Solo dos velas de cera iluminaban su hermoso rostro.

Todo estaba dispuesto para que los dos sacerdotes celebraran la misa de Pascua de Resurreccion.

Hernan Cortés mandó poner un gran toldo delante de la tienda convertida en iglesia, y allí, rodeado de sus capitanes, y escoltado por un piquete de soldados, recibió á los embajadores.

Se presentaron éstos con gran pompa y ceremonia.

Iban prevenidos de doce indios, que ejecutaban en unos instrumentos sumamente raros, una música en extremo monótona y desacorde.

Seguian Pilpatoe y Teutila, escoltados por sus esclavos y servidores.

Casi al lado de ellos iban los pintores del ejército.

Veinte indios iban dispuestos con una especie de canastillos, en los que llevaban el presente que los embajadores se proponian ofrecer á Hernan Cortés.

Gran número de jóvenes indias acompañaban la marcha de los embajadores, cantando areitos, y cerraban aquella unos mil soldados de Teutila.

Marchaban todos con gran solemnidad.

Sus ojos se fijaron desde luego en los españoles con una mezcla de asombro y de curiosidad.

Era precisamente la hora en que debian empezar los oficios.

Marina, en nombre de Hernan Cortés, saludó afectuosamente á los embajadores de Moctezuma, y les manifestó que el jefe de los españoles deseaba ántes de conversar con ellos llenar sus deberes religiosos, y que les invitaba á que asistieran á la ceremonia que iba á tener lugar.

—Quiere, añadió, encomendarse al Dios de los dioses, ántes de daros cuenta del motivo de su llegada.

Se celebró la misa con gran solemnidad, cantándola fray Bartolomé de Olmedo, con el auxilio del licenciado Juan Diaz de Aguilar.

Algunos soldados versados en el canto llano ayudaron la misa.

Los indios presenciaron aquella solemnidad con un asombro inmenso, hijo, de la novedad que producía en ellos aquel acto.

Terminada la misa, Marina, por encargo de Hernan Cortés, rogó á los embajadores que siguieran á la comitiva, trasladándose todos al paraje en donde habia dispuesto al caudillo un banquete para obsequiar á los recién llegados.

Prestáronse los indios á aquellos agasajos, y recibieron con gusto les manjares europeos, y con particular predileccion los añejos vinos que les sirvieron los pajes de Hernan Cortés.

Terminado el banquete, hizo Hernan Cortés pasar á Teutila y Pilpatoe á su tienda, y llevó consigo á Marina.

La joven india dijo á los embajadores de Moctezuma, por orden de Hernan Cortés, que los españoles habian llegado con el objeto de continuar su viaje hasta México, para ver al emperador de Moctezuma y hablarle en nombre de don Carlos de Austria, monarca del Oriente, sobre asuntos de gran interes, no solo á su persona y Estados, sino al bien de todos sus vasallos, razon por la cual esperaba ser recibido con la mayor benevolencia y los respetos debidos á la grandeza del rey que le enviaba.

Esta noticia causó honda sensacion en Pilpatoe y Teutila.

Teutila abandonó la tienda, dando orden á los esclavos para que fuesen entrando uno á uno y ofreciesen los regalos que traian.

Consistian estos en víveres, en ropas de algodón, en plumas de colores y en piezas de oro primorosamente labradas.

Los indios fueron depositando todos aquellos objetos á los piés de Hernan Cortés, y Teutila los mandó retirar.

Pilpatoe habló entónces, encargándose Marina de comunicar á Cortés sus palabras.

—Gran señor, dijo el gobernador de Guazacoalco: recibid estos insignificantes presentes que os ofrecen dos esclavos de Moctezuma.

Tan generoso es nuestro amo, que nos ha dado orden de obsequiar á cuantos extranjeros lleguen á sus costas; pero al mismo tiempo, y en su nombre, os suplico que no tratéis de proseguir vuestro viaje, porque es sumamente difícil llegar hasta la presencia de nuestro soberano, y acaso no podreis conseguirlo.

—Los reyes nunca niegan atenciones á los embajadores de otros países, contestó Hernan Cortés, y el vuestro, en cuanto sepa el objeto de mi llegada, se apresurará á recibirme.

No sois vosotros quienes estais llamados á interpretar mis intenciones.

Vuestro deber es anunciarle mi arribo á Guazacoalco.

Yo os daré tiempo para que podais avisarle, manifestándole que estoy resuelto á verle, porque no puedo consentir que se desaire en mí á la persona de mi monarca.

Esta contestacion impresionó vivamente á los indios.

La entereza que significaban aquellas palabras, la actitud que al pronunciarlas habia tenido el caudillo, las advertencias que les hizo Marina acerca del formal propósito de Hernan Cortés, les intimidaron.

—Bien está, dijo Pilpatoe; aceptamos vuestras proposiciones; pero os suplicamos encarecidamente que no deis un solo paso hasta que llegue la respuesta de Moctezuma.

Entre tanto, nos ponemos á vuestra disposicion; nosotros y nuestros soldados os serviremos en cuanto necesiteis.

Hernan Cortés se manifestó resuelto á obedecerles, y saliendo con ellos de la tienda, observó por la primera vez que los pintores que habian acompañado á Pilpatoe y Teutila andaban ocupados en bosquejar las figuras de los soldados y los grupos que formaban. (A)

Algunos capitanes llamaron la atencion á Hernan Cortés sobre aquellas tareas, y acercándose á uno de los pintores para ver sus trabajos, notó que habian copiado con rara perfeccion, no sólo las figuras, sino las armas, la artillería y los caballos, añadiendo algunos signos al pié de los objetos como para explicarlos.

Comprendió desde luego el objeto de aquellos bosquejos, y cruzando de pronto una idea por su mente, la puso en práctica en el acto.

Aparecia con sus soldados como gente pacífica, y era de todo punto necesario dar una idea más temible de él.

—Marina, dijo Hernan Cortés á su joven intérprete.

—¿Qué deseais, señor?

—Dí á los embajadores que he resuelto obsequiarles con una diversion completamente nueva para ellos.

—¿Cuál?

—Adviérteles que es costumbre entre nosotros festejar á nuestros amigos de la manera que van á ver.

Que presten atencion, y podrán formar una idea de lo que son nuestros soldados.

Miéntas la jóven comunicaba á Teutila y Pilpatoe las órdenes de Hernan Cortés, dictó éste las medidas necesarias para ejecutar un verdadero simulacro.

Colocó la artillería en un punto donde pudiera maniobrar.

Mandó montar á los soldados de á caballo, y á su vez montó en su corcel para ponerse al frente de los jinetes.

Distribuyó sus tropas en batallones, y lo dispuso todo para una escaramuza.

Todos los indios miraban embelesados aquella escena.

Los soldados maniobraron con una rapidez y una precision asombrosa.

A una señal de Hernan Cortés, dispararon sus arcabuces los soldados.

Poco despues funcionó la artillería.

Los jinetes dieron una carga impetuosa.

Las detonaciones y los ejercicios produjeron tal sensacion en los circunstantes, que muchos huyeron, otros se arrojaron al suelo como si hubieran sido heridos de muerte.

Los más fuertes, como dice muy bien un historiador, afectaban admiracion para disimular el miedo.

Marina, por órden de Hernan Cortés, aseguró á los embajadores que las fiestas en España eran de aquella manera.

El plan del valiente caudillo salió á medida de su deseo.

Inmediatamente los pintores, que no eran los ménos asombrados, borrarón las primeras pinturas, y á toda prisa se dedicaron á copiar aquellas falanjes de soldados, corriendo de un lado á otro, disparando los arcabuces, subiendo y bajando cuestras, sin olvidar los caballos en su rápida carrera, que fueron lo que más miedo infundió á los indios.

Para dar una idea del estruendo que producian las armas de los arcabuceros y los cañones, figuraban como que salian de las bocas de las armas exhalaciones.

Al mismo tiempo, en sus anotaciones expresaban el efecto que aquel espectáculo habia hecho en ellos.

Cortés volvió á su tienda con los embajadores.

Una vez allí, les agasajó, mandando entregarles algunas joyas de Castilla.

Al mismo tiempo, con objetos de vidrio, lentejuelas, una camisa de holanda, un birrete de terciopelo carmesí, adornado con una medalla de oro, en que estaba la imágen de san Jorge, y una silla labrada de Taracela, reunió, repetimos, un presente para que los embajadores lo llevaran á Moctezuma.

Es indecible el efecto que el simulacro por una parte, y las dádivas por otra, produjeron en aquellos hombres.

—Algun poder invisible les protege, dijo Teutila á Pilpatoe.

—Sí, contestó su amigo; ahora comprendo que no hayan podido vencerles los de Tabasco.

Si nosotros lucháramos con ellos, nos vencerian tambien.

¿Habrá sonado para nuestra patria la hora de la destruccion?

—No temais: Moctezuma es poderoso.

—¡Qué Huitzilipochili, dios de la guerra, se apiade de nosotros!

Los españoles estaban de enhorabuena.

Hernan Cortés quedó completamente satisfecho del triunfo moral que habia alcanzado aquel dia sobre los moradores de Guazacoalco.